

¿A dónde va la Seguridad Social?

JOSE AUMENTE

MEDIDAS claramente "destabilizadoras" —o mejor, "provocativas"— como las tomadas por el Ministerio de Sanidad y Seguridad Social sobre estructuración de los Servicios de Guardia en las instituciones cerradas, y restricciones elementales a los usuarios; la actitud oportunista del Sindicato Libre de Médicos y la muy ambigua del Consejo General de Colegios Médicos; las noticias sobre despilfarros y corrupciones en la Seguridad Social; todo esto ha puesto de manifiesto la situación de crisis —y grave crisis— en que se encuentra la Sanidad del país, agravada por ese gran inconveniente que supone el hecho de que los médicos carezcan de unas organizaciones en que efectivamente se sientan representados. Si alguna virtud ha tenido esta **democracia formal** que disfrutamos, ha sido la de descubrir —poner a flote— toda la descomunal incompetencia, cuando no corrompidas complicidades sobre las que todo nuestro andamiaje económico-social está montado. No existe un sector, público o privado, en que no afloren hoy un enorme tropel de "irregularidades" e "irresponsabilidades". Y por supuesto que la Seguridad Social no podía irle a la zaga, cuando se trata de un monstruoso tinglado que devora anualmente la no despreciable cifra de 1.285.350 millones, casi igual a los presupuestos generales del Estado. La crisis política y financiera de la Seguridad Social adquiere así una dimensión insospechada, sin que esto quiera decir que sea la única, la más grave, o la más conflictiva, de las que está viviendo o puede vivir el país, que son muchas y muy serias.

No quisiera ser pesimista, pero cada día es para preocuparse más por la degradación social y económica de nuestra so-

cialidad; incluso su degradación moral; cada día hay que imaginarse peores salidas, y cada día se ofrece como más irremediable la malventa, por liquidación, a las grandes compañías **multinacionales**, de los sectores claves de nuestra economía. Y entre ellos, es posible, la Seguridad Social.

No hay que ser un lince para

nos "nacionalizadas" que, como la Seguridad Social o el Instituto Nacional de Industria, podrían suponer unos islotes de "socialización". Son islotes que no quisieran dejar incólumes, en una economía "social de mercado", controlada por las multinacionales, y en la que "todos" están de acuerdo.

Sin pecar de maquiavelismo

muzas de su ofensiva. No es sólo el Instituto Nacional de Industria —las empresas públicas— lo que aspiran a dismantelar y comprar a precio de saldo, sino que también es posible que intenten controlar —y si es preciso comprar a bajo precio— las costosísimas instalaciones de la Seguridad Social. Conviene no olvidar que tanto la Seguridad So-



darse cuenta de que el **gran capital**, en nuestro país, está poniendo en marcha un acelerado proceso de fortalecimiento de su poder económico. Hoy, ya, es más fuerte que con el franquismo. Ante una democracia formal burguesa, como la que se está instaurando, y la tranquilidad que supone contar con unos "partidos de izquierda domesticados", que incluso aceptan una "alternativa de poder" que no ponga en cuestión el sistema, el gran capital está iniciando los primeros tanteos para devorar aquellas estructuras más o me-

puede adivinarse una operación de altura, manejando bien todos los resortes, para ir creando las condiciones objetivas que la hagan posible. En esta óptica se inscribirían los últimos conflictos y dificultades. El campo de la Medicina, como el campo de cualquier otra actividad económica —y no olvidemos que el **consumo médico** constituye hoy un apartado fundamental, por su elevadísimo costo, de nuestra economía nacional—, constituye un terreno en el que las fuerzas del gran capital puede que estén lanzando las primeras escara-

cial como las empresas dominadas por el INI son inversiones realizadas con el dinero de todos los españoles; han sido logradas con esa especie de ahorro forzoso, esa cotización de seguros sociales, que no es sino una forma de financiación regresiva que ha estrangulado la productividad española. Todo electrónicamente computarizado y calculado. El capital maneja todos los datos.

Y mientras tanto, los médicos somos sujetos inconscientes de esta operación de altos vuelos. Nada sabemos del terreno que pisamos. Durante los últimos



No existe hoy un sector, público o privado, en el que no afloran las irregularidades y la Seguridad Social no podía ir a la zaga.

veinte o veinticinco años se han producido toda una serie de profundos cambios en el ejercicio de la Medicina, y nosotros, los médicos, hemos sido incluidos en ellos, llevados en su vorágine, sin que sepamos o queramos darnos cuenta de por dónde andábamos. No hemos asumido plenamente que en virtud de la revolución científico-técnica, ante todo, pero también por razones económicas, sociales y políticas, la profesión médica ha sufrido una profunda transformación. Transformación que procede, nada menos, de que las relaciones de producción que en ella se daban se están modificando. Y es que la Medicina, como cualquier otra actividad o profesión, siempre ha estado determinada por las relaciones de producción vigentes en cada época histórica. Así nos encontramos, primero, con la **Medicina mágica** en las sociedades primitivas en que cada cual buscaba su propia subsistencia. Después, una Medicina

que pudiéramos llamar **esclavista**, durante la fase en que las relaciones de esclavitud predominaban. Más tarde, una **Medicina caritativa**, cuando durante la **Edad Media** reinaba la **servidumbre**. Y posteriormente, una **Medicina burguesa**, liberal, privada, artesanal, cuando el dominio del dinero, el lucro como motor, lo dinamizaba todo. Hoy, cuando —como hemos dicho— las propias exigencias técnicas imponen la necesidad de que los medios de producción sean propiedad de una empresa —hospital, Seguridad Social—, estamos asistiendo al cambio que supone para el médico dejar de ser un profesional artesanal, propietario de sus medios de producción, para convertirse en un profesional asalariado, cuyos medios son de propiedad empresarial. Lo que implica, una vez más, una crisis de identidad para el propio profesional. La Medicina es un producto de la sociedad. Nace y crece como respuesta a los problemas que al

hombre plantea su salud; pero su forma de ejercerse, insisto, depende de las relaciones de producción en que se encuentra incluido. Y estamos en una sociedad capitalista desarrollada —de capitalismo en crisis, bien es verdad—, pero bajo el control cada día más acentuado de las multinacionales.

Hablemos, pues, con claridad. Nuestra sociedad es una sociedad capitalista, la cual, por una serie de condicionamientos técnicos, económicos, sociales e incluso políticos, fue desarrollando un sistema de Seguridad Social. Pero jamás puede decirse que tal Medicina fuese **socializada**, sino que, en todo caso, fue **neocapitalizada**. La nuestra es la Medicina empresarial de un país capitalista, en donde ocurre que algunas empresas por necesidades técnicas, sociales, económicas o políticas, son nacionalizadas. Se nacionaliza el montaje; se nacionaliza la instalación, se nacionalizan las pérdidas, y cuando llega un de-

terminado momento de su evolución, se plantea la necesidad de traspasarlas a la "iniciativa privada".

Para nadie es un secreto que la Seguridad Social constituye una sangría para el país. No sólo porque su forma de financiación eleva enormemente los costos de cualquier empresa —y es, como hemos dicho, una causa regresiva para no crear nuevos puestos de trabajo—, sino porque el derroche que de sus medios hace es algo que desborda todo lo imaginable, aun sin entrar en los graves problemas de la posible corrupción que supone. Que la Seguridad Social es algo que necesita ser reestructurado en profundidad, de abajo arriba, a lo largo y a lo ancho, se viene afirmando desde todos los sectores políticos, por todos los médicos, y por la población usuaria en su totalidad. A medida que han pasado los años, las incongruencias, las improvisaciones, el despilfarro y hasta las corrupciones, se han venido intensificando en progresión geométrica, y alcanza a todos los niveles; tanto, que es algo tan inconmensurable que hoy por hoy es imposible hacerle frente con "paños calientes".

La Seguridad Social necesita un replanteamiento total, en radical profundidad, o la Seguridad Social "se come al país". Pero traspasarla a la "iniciativa privada" es demasiado; es desprenderse de una obra que tanto sacrificio económico ha costado a la población trabajadora española; es renunciar a constituir un verdadero Servicio Nacional de la Salud que, sin espíritu de lucro, racionalice la asistencia sanitaria de todos los españoles.

Hoy la alternativa para los médicos es dejar de ser "un puesto" en una empresa estatal, que funciona mal, que institucionaliza el despilfarro, como es el INP, pero para pasar a depender de una empresa privada, quizá conectada con una multinacional, que ponga un poco de orden, consiga obtener beneficios económicos, pero que le convierta absolutamente en "un asalariado". Hoy el dilema no está entre una Medicina liberal, privatizada, y una Medicina socializada, sino entre una Medicina bajo el control de la sociedad, al servicio del pueblo, y una Medicina como empresa capitalista y al servicio del lucro. ■